

de aquel lugar de estupores. Al fin la precisión de comer antes de subir de nuevo al coche del camino de hierro, pudo más que la devoción.

LVII.

EL BALANCE DEL VI AJE.

Tres días después de irse á Lourdes, la comitiva de la Nædle desembarcaba en la cala del Puente de Londres. De tan precipitado viajar era causa la misma precisión del descanso, porque la señora prefería llegar en deruchura con un esfuerzo á Parque Verde, para descansar cen inquietud

no interumpida á detenerse aquí ó allá, con un pie en el estribo siempre para volver á partir. Entre tanto, ora en los coches del camino de hierro, ora en su pequeña cámara del vapor, pasaba en revista las ganancias y las pérdidas de su expedición á Italia durante el invierno.

Recordábanle los elementos del debe y del haber las mismas personas que á su alrededor veía, esto es, sus hijos y Julia. Clara y Clemencia parecíanle muy otras de lo que fueran al zarpar de Londres. Habíalas Julia mudado, sin dar á entender que se fatigaba mucho en torno de ellas; habíalas instruido para que se presentasen con franqueza y elegancia en las conversaciones con los extraños; ya tocaban algunos acordes en el piano, no sólo de oídas, sino sujetándose á las notas estrictamente; hablaban el italiano, haciéndose comprender, y traduciendo un libro fácil. Por añadidura, su maestra, rica de concimientos físicos, les había inspirado de cien maneras lo más y lo mejor que correspondía, en su sentir, á jóvenes de tan poca edad: habían en su virtud, venido á ser observadoras inteligentes de los fenómenos de la naturaleza, infiriendo razonadamente sus causas, con inmensa satisfacción de su

madre, que descubría á simple vista su cotidiano aprovechamiento.

Sobre todo, una cosa llenaba de gozo el espíritu virtuoso de la señora; el vivo esplendor de bondad creciente que descubría en sus amadas hijas. Habíalas conñado á Julia, puras como palomitas de nido, por feliz ignorancia del mal más que por raciocinio formado. Ahora bien: Julia hacía consistir el trabajo de su educación de dar temple á la voluntad, de modo que voluntariamente halláran los malos instintos, dando deliberadamente oídos á los nobles y generosos. Frecuentemente, al hablar de esto con la señora, insistía en que multiplicar las nociones literarias y científicas, con todas las añadiduras del baile, de la música y de otras cositas muy propias de una doncella de pura sangre, era inútil de todo, no mereciendo el nombre de educación, si no se disciplinaba la parte anterior, si no se ponían en orden, y si no se levantaba la cabeza nativa, conduciéndola por los caminos del honor y de la virtud. Me parece que debo acudir á las fuerzas de Hércules (decía en la intimidad amigable concedida por la señora) para trabajar en sus dos corazoncitos, sin recurrir á nuestros me-

dios católicos, que con poco esfuerzo dan por mayor bien concluidas las más hermosas empresas. No podeis figuraros hasta qué punto conseguiría excelentes resultados, pudiendo hablar libremente á vuestras hijas del Niño Jesús, de la Virgen María y del Angel Custodio, poniendo en práctica las cien industrias de la piedad católica. Sólo con que pudiese conducir las conmigo al tribunal de la penitencia, y disponerlas para la comunión, según nuestra costumbre, os puedo decir que mi cometido resultaría mucho más fácil.

—No, no, por caridad, respondía la Needle. Lo que haces, basta y sobra. No te propongas hacerlas beatas y amigas de supersticiosos. Yo las veo cada día más dóciles, más estudiosas y más amantes para mí; no busco más; no lo hagas peor, á fin de hacerlo mejor.

—Digo esto por decir algo, replicaba Julia; por lo demás, vos sabéis si les predico alguna otra moral fuera de la común á nosotras dos. Tened la seguridad de que con ellas á solas empleo el mismo lenguaje que uso delante de vos.

Precisada la joven á moralizar por alto, digamos así, no perdía, con todo, la esperanza de llegar á buen puerto. Se puso,

ante todo, á desarraigar de sus alumnas la tiranía del amor y del gusto propios, á fin de hacerlas esclavas voluntarias del deber, á fuerza de razones y prácticas. No podía sufrir esta razón, casi única entre los muchachos: "Hago esto, porque me gusta, ó no lo hago porque no me acomoda."

—Es el discurso del asno, decía prontamente Julia, el cual come yerba porque le place; es el discurso del ladrón que se apodera de las bolsas porque le gusta el dinero de los demás. Tu placer sólo puedes seguirlo cuando no se opone á la ley de Dios, ni á ninguna conveniencia.—Cuando hallaba oposición:—Vé, querida, exclamaba, no hay cosa más elevada, ni más noble, como romper la propia voluntad, cuando el deber lo manda: seguir al deber es reinar; reinar sobre las pasiones viles y los instintos brutales. Es llegar á ser uno semejante al mismo Dios, que obra siempre con rectitud infinita. Mas para ello es preciso conocer que someterse á la obediencia es someter á Dios. En esto consiste la verdadera independencia, porque quien inclínase á Dios en el que manda, en realidad no reconoce más que un señor, y un señor nobilísimo, sin el riesgo de inclinarse á viles

mandones, como son las pasiones humanas y los usurpadores del poder. Los mártires tocan el ideal de la independencia, porque nadie puede conseguir que hagan algo contra su voluntad. No imagenes que sea esto una paradoja, sino una verdad palpable. Cuando te mando yo, debes pensar tú: ¿Por qué obedeceré á la maestra? Porque mi madre le ha dado autoridad para que me mande. ¿De quién tiene autoridad mi madre? De Dios, que se la dió en el cuarto precepto de la ley del Sinaí: luego sacadno bien las cuentas, obedecer á la maestra es obedecer á Dios: ¡qué honor!

Julia sabía partir tales alimentos sustanciosos y fuertes para educar el alma, y convertirlos en píldoras que pudieran tomar fácilmente sus tiernas discípulas. Aprovechando siempre las coyunturas, sabía también hacerlos más sabrosos con salsas picantes y sabores propios de la edad y de las circunstancias; á veces los administraba endulzados con una broma, pero sin que cesase nunca de remachar el clavo en las mentes infantiles. Pedía cuenta en ocasiones de sus enseñanzas y mandaba á sus alumnas procurasen repetirlas en los ejercicios de la escuela.—Todo el saber humano, decía frecuentemente á sus discípulas,

sin la verdadera bondad, es raspay mondadura. He conocido grandes damas, bellas como un rayo de sol, excelontes decidoras, adornadas con todos los conocimientos que pueden brillar en la sociedad civil, y hasta escritoras famosas. Sin embargo, por ser desenfrenadas en sus pasiones, eran en realidad vilísimas mujerzuelas, que ninguna familia honrada hubiera sufrido en su salón; sus monadas y sus hermosas habilidades mirábanse con horror, como los anillos dorados de una serpiente. Por el contrario, hay muchas, muchísimas, que no saben escribir la O, pero que son conocidas de todos como buenas muchachas, buenas madres ó buenas mujeres: estas son acariciadas en sus familias como la perla de la casa y enaltecidas fuera con el nombre de ángeles de la sociedad. ¿Qué más? El mismo Dios tiene á las signorantes virtuosas en grandísimo concepto, y desdeña mucho á las cultísimas malvadas. Ahora bien: ¿qué debeis hacer vosotras? El sublime y perfecto ideal será unir la cultura con la bondad, dando una de las cualidades lustre á la otra.—

Además de tales apogtemas de filosofía cristiana que inculcaba frecuentemente, la maestra tenía uno de continuo en los labios.—No hacer, ni decir, ni pensar nada

que pueda displacer al ojo vigilantísimo de Dios.—Maravillábase mistress Needle de que floreciesen tan espontáneas las ocasiones para repetir de mil modos esta capital sentencia, de arte que pareciera oportunísima en la conversación. Agradecía la buena mamá tales sermones, y los confirmaba con textos bíblicos, que no valían acaso la centésima parte de la irresistible persuasión que Julia inspiraba por el convencimiento de que aparecía dominada, y la viveza de su fuego juvenil.

Mucho más fácilmente lograba su objeto la Needle en las parénesis familiares, cuando á las pequeñas proponía el ejemplo de su profesora. Aunque le movió ante todo á tenerla en su casa el deseo de modelar á sus hijas sobre ella, no vacilaba en recomendársela de propósito. Les decía que recordasen que había nacido muy noble, y que por su sangre, si no por su fortuna, las aventajaba mucho, conformándose con todo, con su estado decaído, sin emplear nunca el tono del antiguo, y sin huir de servir las como una sierva humilde. Añadía que observasen cuán cauta era en la conversación, á fin de no decir una palabra ofensiva contra los ausentes, y con cuánta mansedumbre sufría las bromas, sin profe-

rir por resentimiento una sola frase mordaz. Que comprendiesen la grandeza con que alejábase Julia de las debilidades comunes, sin jaetarse nunca en las reuniones de su ciencia, cuidando de no aplaudirse ó anteponerse á otras.—¿Habeisla visto, prosiguía, presentarse en la tertulia vestida con poca sencillez, ó más elegante de lo que á su estado corresponde? Está, sin embargo, en la flor de su edad y de sus gracias.—

Al elogiar á miss Julia, no podía ser más sincera la palabra de la Needle, porque con la sagaz mirada de una mujer para otra, viviendo en doméstica familiaridad, habíala completamente analizado y conocido, llenándose á su vez de admiración sincera. La asiduidad de la conversación, versando en ocasión es sobre cosas espirituales, habia ofrecido á la joven coyunturas para descubrir nuevos horizontes sobre las virtudes cristianas: la Needle no sabía vislumbrar por sí en la Biblia ciertas bondades y delicadezas de la moral cristiana; pero no bien resplandecían en su mente, las aceptaba con placer, deponiéndolas en el tesoro del corazón para ella y para sus hijas.

Una cosa sólo exceptuaba: que cuidasen de no tomar poco ni mucho de la religión

de Julia, por ser peste, veneno y muerte. Que unieran lo puro de su creencia en el *anglicanismo* con la imitación de la bondad de la joven, con lo cual saldrían las mejores muchachas, que Dios y el mundo pudiesen desear. Cierto que tal excepción hacía poca mella en las muchachas, las cuales, sin osar contradecir abiertamente á su madre, conocían que su juicio era seguramente raro y erróneo. Por ello en la práctica, con toda la seguridad de un corazón inocente, abandonábanse á su maestra con sumo amor, tratándola con grandísimo respeto. Ayudada Julia de su docilidad y del buen servicio de la madre, podía enseñar bien á sus alumnas cuanto juzgaba bueno.

De su absoluto dominio servíase á veces para conseguir eficazmente la enmienda de cualquier culpa rarísima. Ocurría, por ejemplo, que faltaba una de las pequeñas á la sinceridad. Julia exigía la confesión entera, el propósito de no caer nuevamente, y la resolución de la penitencia que ofrecía la culpable imponerse á sí propia. y se perdonaba tanto más fácilmente cuanto era más voluntaria. Sufría las pequeñeces, las inadvertencias y las infracciones propias de la edad, pasando por ellas des-

pués de leve reprensión, pero no pasaba sin castigo ni la más ligera culpa verdaderamente inmoral: una falta de respeto á la madre, una grosería con su hermana, un capricho raro ó una injuria á cualquiera del servicio. En estos casos era inexorable; si daba señales de disgusto al recibir la reprensión, fruncía las cejas y exclamaba:—Sobre hacer el mal, te complaces por ello: quítate de delante; no te miraré más á la cara, mientras persistas así en la culpa.—Y manteníase grave, hasta que venía por sí propia la culpable á dar satisfacción: decía que dormir sobre tales faltas era empollar las culebritas y hacerlas serpientes.

Tenía ciertos modos suyos tan racionales y persuasivos para corregir, que hubiera maravillado que las alumnas no se hubiesen rendido con su cándido corazón. Un día encontró á la mayor delante de un espejo, en actitud de componerse. No dijo palabra. Habiendo pasado de nuevo veinte minutos después, vió que seguía mirándose. La tomó de la mano dulcemente, diciendo:—Ven, hija mia, tengo que hablarte.—Añadió cuando la tuvo en el cuarto:—Díme con franqueza incontinenti: ¿qué te proponías entreteniéndote media hora en